



Correligionarios y amigos:

Cuando, hace justamente veinticinco años, en aquel glorioso 14 de abril, con un hercúleo gesto civil, derrocó la monarquía e instauró la República, el pueblo español no se propuso sólo eso. Aspiró a hacer de España la patria de todos los españoles, y de éstos, auténticos ciudadanos de un Estado en que, la libertad como fundamento y la democracia por sistema, fueran respetados todos los derechos humanos y posible la justicia social.

Los enemigos seculares de la libertad usaron de todas sus armas para matar esa República naciente y lo lograron, antes de que hubiera podido dar los abundantes frutos que prometían sus primeras floraciones. Había que destrozar el árbol antes de que adquiriese sólida corpulencia.

Con la República, abandonamos también el solar patrio medio millón de españoles. No llevábamos, como dijo Dantón, "la patria en las suelas de los zapatos", pero sí muy adentro en nuestros corazones. Fuimos al exilio obedeciendo a la única autoridad que tiene mando imperativo en las almas dignas: la conciencia.

En exilio estamos des hace diez y siete años: para algunos, toda la juventud; para otros, la fecunda madurez; para todos, los mejores años de la vida, los de entusiasmo por las ideas y de creación serena y fértil.

Sabíamos lo amargo y duro que iba a sernos el pan del exilio; pero lo aceptamos a cambio de una sola esperanza: la de poder luchar desde fuera por rescatar nuestra España que adivinábamos iba a ser sumida en la más negra noche de ignorancia y obscurantismo. Nos resignamos hasta a la más triste de las perspectivas: la de morir lejos de la patria, con tal de poder preparar un porvenir mejor a la nueva generación que necesitaría ser purificada, pues que iba a crecer y educarse en un ambiente de esclavitud y de crueldad.

He transcurrido un cuarto de siglo, y aquella conciencia que nos ordenó partir no nos acusa de nada. Ni un solo día hemos dejado de dedicar algo de lo mejor nuestro a la forja de ese nuevo porvenir para la patria. En muchos momentos, ante el panorama de muerte y de silencio que oteábamos en el interior y en medio de esta lonja de mercaderes, en que el mundo actual cotiza, como viles mercancías, los más sagrados intereses de los pueblos, hemos desfallecido, pero jamás desertado nuestro puesto de lucha.

Este aniversario marca una nueva etapa en nuestra vida de españoles desterrados. En él nos es dable ver las primeras claridades de la aurora de la esperanza. España ha despertado y nos llama con gritos angustiosos. Son los gritos de la juventud que siente en su

alma y en todos los intersticios de su ser, que algo necesario a su vida le falta, sin saber ni dónde hallarlo, ni encontrar quién se lo ofrezca; algo tan preciso como el aire para respirar. Ese algo, que no sabe ni nombrar ni hallar, es, precisamente, lo que le ofrecía aquel 14 abril inolvidable, lo que el monstruoso armazón que inmoviliza España no podrá darle jamás. Deber nuestro es acudir a dárselo.

No somos ya solos en afirmar, como hace veinticinco años, que la República liberal y democrática, saturada de justicia social, es el solo régimen político capaz, en un porvenir próximo, de unir en fraternidad a todos los españoles y a España con los demás pueblos verdaderamente libres. Sólo ella puede reconstituir la patria, hoy en girones, creando un clima de libertad, de tolerancia, de derecho, de justicia, de amor, de inclinación al bien, de honestidad, de todo cuanto contribuye a crear el verdadero progreso ciudadano.

Con el cambio que se ha producido en el ámbito nacional se inicia una nueva etapa que obliga a revisar nuestra conducta para adaptarla eficazmente a él. Etapa solemne, ardua, que impondrá deberes ingentes e insoslayables. Dispongámonos a cumplirlos, cualesquiera que sean. Estamos seguros de que, en nuestras filas, no se producirá ninguna deserción. Esas voces que nos llegan angustiadas son las de la esperada esperanza. Confiemos y obremos. No estamos tan vencidos como quiere presentársenos. Los cancerberos de nuestro pueblo darán aún mil vueltas a sus cerrojos. Pero el instinto vital que ha renacido hallará manera de lograr la evasión e iluminará el alma nacional como en nueva pentecostés. No lo dudéis. No se puede enterrar un ideal ni aprisionar un anhelo, mucho menos cuando ese ideal y ese anhelo son la salvación de un pueblo que no se resigna a perecer envilado.

Luchemos, ahora más unidos que nunca, sin temor a nada y con la esperanza de todo. Arreiciemos la lucha en esta última etapa, al lado de todos los que, como nosotros, por amor a España, aceptaron también voluntariamente el alejamiento de ella.

En el fragor y el estruendo de la lucha, en todas las vicisitudes que ella pueda depararnos, tengamos siempre presentes las enseñanzas de nuestros hombres señeros, de nuestros precursores egregios, Domingo, Azaña, Albornoz ... En esta hora suprema, precursora del triunfo, y aun en el triunfo mismo, recordemos que "no debemos tener por enemigo más que al enemigo" y que "nuestra mayor venganza frente al enemigo debe ser la fraternidad".

Este es el esperanzador mensaje que el Consejo de Izquierda Republicana Española en Exilio os envía cordialmente en este vigésimoquinto aniversario de la fecha gloriosa.
!!! Viva la República !!!

14 de Abril 1956